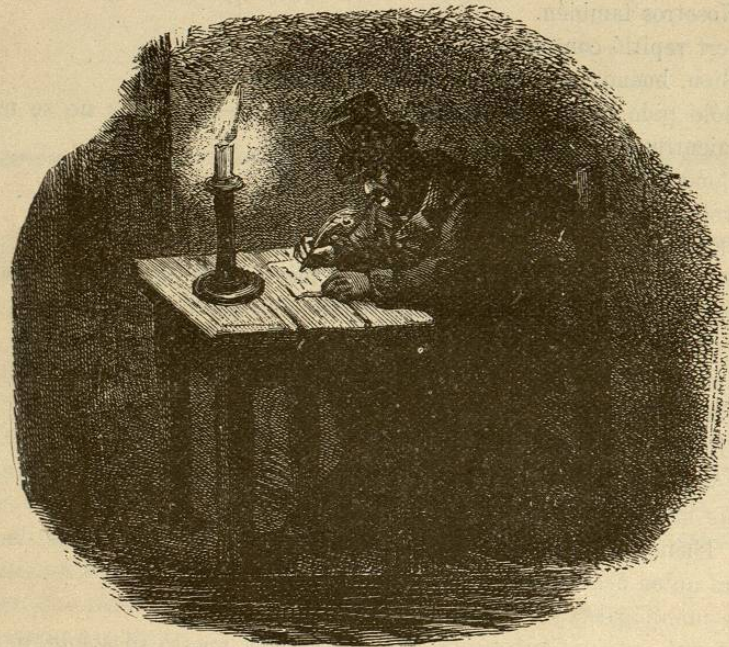


sus anchas manos cayó sobre el hombro de la mujer, y la otra sobre la cabeza del marido.

—¡Las manillas!—gritó.

Los polizontes entraron en tropel, y algunos segundos después la orden de Javert estaba cumplida.



La mujer, abatida, miró sus muñecas agarrotadas y las de su marido, y dejándose caer en el suelo, exclamó llorando:

—¡Hijas mías!

—Están ya á la sombra,—dijo Javert.

En tanto, los agentes habían descubierto al borracho dormido detrás de la puerta, y le sacudían á puñadas y empellones.

Despertóse balbuceando:

—¿Acabó ya eso Jondrette?

—Sí,—respondió Javert.

Los seis bandidos amarrados estaban de pie, conservando todavía sus caras de espectros; tres tiznados de negro y tres enmascarados.

—Guardad vuestras caretas,—dijo Javert.

Y pasándoles revista con la mirada de un Federico II en la parada de Postdam, dijo á los tres "fumistas":

—¡Hola! Colmenero. ¡Hola! Brujón. ¡Hola! Dosmillones.

Luego, volviéndose hacia los tres enmascarados, dijo al hombre del mazo:

—¡Hola, Tragamares!

Y al hombre del garrote:

—¡Hola! Babet.

Y al ventrílocuo:

—Salud, Chascasuellos.

En aquel instante distinguió al prisionero de los bandidos, el cual desde la entrada de los agentes de policía no había pronunciado una palabra, y se mantenía cabizbajo:

—Desatad al señor,—dijo Javert,—y que nadie salga.

Dicho esto, se sentó soberanamente ante la mesa donde habían quedado la vela y el tintero, sacó papel sellado del bolsillo, y comenzó su sumario.

Cuando hubo escrito las primeras líneas, que no eran sino las fórmulas de siempre, levantó la vista:

—Haced que se acerque el caballero á quien estos señores habían atado.

Los agentes miraron en derredor.

—Y bien,—preguntó Javert,—¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Leblanc, el señor Urbano Fabre, el padre de Ursula ó de la Alondra, había desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba.

En cuanto se vió libre, y en tanto que Javert sumariaba, aprovechóse de la confusión, del tumulto, de la multitud, de la obscuridad, y de un momento en que la atención no estaba fija en él, para arrojar por la ventana.

Un agente corrió á ella y miró. No se veía nadie afuera.

La escala de cuerda temblaba todavía.

—¡Diablo!—exclamó entre dientes Javert.—Este debía ser el más listo.

## XXII

**El chiquillo que lloraba en la segunda parte.**

Al día siguiente en que se verificaron estos acontecimientos en la casa del boulevard del Hospital, un muchacho, que parecía venir del lado del puente de Austerlitz, subía por la línea de la derecha en dirección á la barrera de Fontainebleau.

Era ya bien entrada la noche.

Aquel chico estaba pálido y flaco; iba vestido de harapos, con un pantalón de lienzo en el mes de Febrero, y cantaba á grito pelado.

En la esquina de la calle de Petit-Banquier una vieja encorvada andaba buscando entre un montón de basura, á la luz del farol. El chico la empujó al pasar, y retrocedió en seguida, exclamando:

—¡Calle! ¡Y yo había tomado esto por un enorme, enormísimo perro!

Pronunció la palabra enormísimo con un ronquido gangoso y burlón, que sólo con letras mayúsculas podría expresarse: ¡Un enorme, ENORMISIMO perro!

La vieja se enderezó furiosa.

—¡Desvergonzado!—murmuró.—¡Si no hubiera estado agachada, ya sé dónde te hubiera dado con el pie!

El chico estaba ya bastante lejos.—¡Kiss! ¡Kiss!—gritó volviendo la cara;—ya veo que no me había engañado.

La vieja, sofocada de indignación, se levantó, y el resplandor del farol dió de lleno en su cara lívida, angulosa y arrugada, con patas de gallo que le bajaban casi hasta los ángulos de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra, y sólo se

veía la cabeza. Habríase dicho que era la máscara de la Decrepitud recortada por una luz nocturna.

El muchacho la contempló un momento.

—Señora,—dijo,—no es este el género de belleza que me convendría.

Y prosiguió su camino, cantando:

El rey de los zuecazos  
se marchaba á la caza,  
á la caza de cuervos...

Al acabar el tercer verso se interrumpió.

Había llegado delante del número 50-52, y encontrando la puerta cerrada, había comenzado á descargar sobre ella sendas patadas, patadas resonantes y heróicas, que revelaban más bien los zapatos de hombre que llevaba, que los pies de niño que tenía.

Entre tanto, aquella misma vieja con quien había tropezado en la esquina de la calle de Petit-Banquier, corría detrás de él, exclamándose y prodigando gestos desmesurados.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡Santo Dios! ¡Echan abajo la puerta! ¡Están echando abajo la casa!

Las patadas continuaban.

La vieja gritaba á más no poder:

—¡Es así cómo se trata ahora á las casas!

De pronto se detuvo; había reconocido al pilluelo.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Satanás?

—¡Calle! Es la vieja,—dijo el muchacho.—Buenos días, Bourgonmucha. Vengo á ver á mis ascendientes.

La vieja respondió con una mueca del orden compuesto, admirable improvisación del odio, sacando partido de la caducidad y de la fealdad, que se perdió desgraciadamente en la obscuridad.

—No hay nadie, carátula.

—¡Bah!—replicó el chico.—¿Entonces dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

—¡Calle! ¿Y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—¡Bravo! ¿Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó detrás de la oreja, y mirando á la tía Bougon, le dijo:

—¡Ah...!

Después giró sobre sus talones, y un momento después la vieja, que se había quedado en el umbral de la puerta, oyó que iba entonando con voz clara y tierna, perdiéndose entre los negros olmos que estremecía el cierzo del invierno:

El rey de los zuecazos  
Se marchaba á la caza,  
A la caza de cuervos,  
Andando sobre zancas;  
Y por pasar entre ellas  
Dos sueldos le pagaban.

FIN DEL TOMO TERCERO.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

